

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 184.

Alicante 6 de Junio de 1874.

Año V.

## LA FESTIVIDAD DEL CORPUS.

Desde la época de los Apóstoles ha celebrado la Iglesia santa en la feria quinta *In Coena Domini* de la semana mayor (jueves santo) la institución de la Sagrada Eucaristía; mas como en este día se halla aquella dedicada con especialidad á las ceremonias augustas con que honra los recuerdos de la pasión y muerte de Jesucristo, pareció mucho mejor y mas grato á los divinos ojos el instituir una festividad peculiar, en que fuera honrado tan adorable Misterio con públicas demostraciones de júbilo y majestuosa solemnidad, á cuyo fin se fijó la feria quinta despues de la primera dominica de Pentecostés.

El origen de esta festividad se funda en una milagrosa vision que por repetidas veces tuvo la Beata Juliana del Monte Cornelio, en la cual se le aparecia la luna con todo su disco lleno de luz y hermosura y con una pequeña mancha en su centro; lo cual significaba, segun la fué revelado, la falta que hacia en las festividades, con que la Iglesia honra todos los sagrados miste-

rios, una peculiarmente establecida para celebrar el triunfo del Divino Amor en la institución del adorable Sacramento del altar. En 1230 este hecho prodigioso y completamente comprobado se consultó con varios teólogos y prelados eminentes de la Iglesia, entre otros con Jacobo Pantaleon Arcediano Leodicense, que despues subió á la silla de San Pedro bajo el nombre de Urbano IV.

Esta nueva festividad mereció la aprobacion universal, y despues de superadas algunas dificultades en un concilio celebrado en 1246, Roberto, Obispo Leodicense mandó celebrarla en toda su diócesis. Tratóse despues de establecer esta solemnidad en toda la universal Iglesia, y ya en 1264 el mismo Urbano IV la instituyó solemnemente, y la mandó celebrar en todo el orbe cristiano.

Posteriormente en el concilio general de Viena, año 1311, durante el pontificado de Clemente V, al que asistieron los reyes de Leon, de Francia y de Inglaterra, fueron confirmadas las bulas de Urbano IV, y se mandó de nuevo la celebracion en toda la Iglesia de esta fiesta, que

en los años anteriores desde Urbano IV habia sufrido alguna interrupcion por olvido quizás ó por indolencia. Así se desprende de la única Clementina sobre las reliquias y veneracion de los santos. Cinco años despues el Papa Juan XXII añadió á la fiesta una octava, y dispuso que se llevase en pública procesion el Santísimo Sacramento. Los Pontífices Martin V y Eugenio IV contribuyeron al aumento y mayor lustre de esta festividad, y desde entonces puede asegurarse que fué generalmente celebrada en toda la Iglesia.

Por último, el santo Concilio de Trento en el capítulo 15 de su session XIII llama á esta solemnidad el triunfo de la heregía, y fulmina su anatema contra el que se atreviese á reprobarla (Can. VI): y, según opina el grande Benedicto XIV, el santo sínodo al decretar esta justa conminacion, tuvo sin duda presente la escandalosa resistencia del Duque de Sajonia y de los príncipes luteranos, cuando no quisieron asistir á la procesion del Cuerpo de Jesucristo, en la cual el cardenal Moguntino llevaba la Sagrada Eucaristia, precediéndole los príncipes seculares y el clero, y siguiéndole el emperador Cárlos V descubierta y con vela en la mano, al que seguian despues los demás Arzobispos y Obispos, llevando el pábulo por su turno los príncipes de la sangre imperial.

Creen algunos, y no sin fundamento, que la pública procesion de

la Sagrada Eucaristia se celebró ya desde la primera institucion de la festividad del *Corpus* por Urbano IV. Mas nos abstenemos de entrar en los pormenores de esta discusion histórica, de la que no han de redundar ventajas notables, asegurando únicamente que nuestras iglesias celebran hace ya mas de tres siglos esta procesion solemne.

Tampoco hay duda alguna en que el oficio de este dia fué compuesto por el angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, hallándose á la sazón en Civita Vecchia, por encargo de Urbano IV.

Admíranse algunos sábios y doctores de que, creyendo los griegos en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia y en la obligacion de adorar con culto público al Santísimo Sacramento, no hayan adoptado esta procesion solemne de los cristianos, este acto imponente de religion, que con tan feliz éxito emplearon los propagadores del Evangelio en las misiones del Paraguay, y con el cual tantas veces ha triunfado el Señor de los corazones de los infieles, haciéndoles llorar de ternura y obligándoles á doblar la rodilla para adorarle.

En 1807

En muchos pueblos infieles, en donde hay iglesias católicas, se celebra la fiesta religiosa de que hablamos con grande reverencia, pompa y majestad, mientras hay pueblos cristianos en donde se la mira friamente y hasta con indiferencia;

por mas que esto hiera hondamente los corazones piadosos. ¿Y no nos llenará de asombro y de rubor que el Dios de la majestad, llevado en triunfo por las calles de una ciudad infiel, sufra menos insultos, y sea mas sinceramente obsequiado que en muchas ciudades cristianas?

El árido escepticismo del incrédulo, diremos mejor, la vanidad miserable de no parecer *fanático*, ofende gravemente y con procacidad la presencia formidable del Dios de los ejércitos, que se deja conducir amorosamente por nuestras calles para excitar nuestro respeto, avivar nuestra fé y mantener nuestra esperanza. No solo es la religion, esa madre comun de los fieles cuyo suave influjo no ha penetrado las duras entrañas del impio, la que se ultraja con los públicos desacatos cometidos contra el Señor Sacramento; la civilizacion queda herida en lo mas delicado de sus instituciones, y toda sociedad, cuanto mas ilustrada y celosa de sus derechos, debe mas severamente castigar los insultos voluntarios cometidos contra uno de los actos mas augustos de la religion del Estado, ó al menos de la inmensa mayoría de sus habitantes.

El autor que tan felizmente ha sabido pintar las bellezas poéticas y morales de la Religion cristiana en su inmortal *Genio del cristianismo*, parece que agotó con su pincel los coloridos para trazar y embellecer el cuadro embelesante de la fiesta del Señor. Y uno de los privile-

gios del genio es no dejar siquiera rebuscar en el campo que ha segado. Oigamos su interesante y agradable descripcion:

«En el momento mismo, dice este célebre escritor, en que anuncia la nueva aurora la festividad del Rey del mundo, se cubren las casas de tapices, se siembran las calles de flores, y los gozosos clamores de las campanas llaman al templo á la innumerable multitud de los fieles. Hácese la señal, se conmueve todo, y empieza á desfilarse la religiosa pompa en orden solemne.

«En primer lugar se presentan los cuerpos que componen la sociedad de los pueblos. Conducen sobre sus hombros las imágenes de los protectores de sus tribus, y algunas veces las reliquias de aquellos hombres que, nacidos en la ínfima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes; lección sublime que solo la Religion cristiana ha dado al mundo.

«Despues de estas turbas populares se vé enarbolado el estandarte santo de Jesucristo, no ya como una insignia de dolor, sino como una señal de alegría: á pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séquito de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y siglos. Viene el clero secular despues de estos solitarios, cuya religiosa cadena es tal vez prolongada por preiados revestidos con la púrpura romana. Aparece solo, en fin,

el Pontífice de la fiesta en el último extremo. Lleva temblando en sus manos la radiosa Eucaristía, que se deja ver bajo un palio al fin de la majestuosa pompa, á la manera que algunas veces se descubre el sol bajo una resplandeciente nube dorada á la extremidad de una luminosa avenida de sus rayos.

«Entre las filas de la procesion van tambien tropas de jóvenes: los unos presentan canastillos de flores; los otros vasos con los perfumes. A la señal repetida del que la dirige, se vuelven estas almas puras hácia la imágen del Sol eterno, y hacen voiar las rosas deshojadas por donde ha de pasar. Puestos los levitas de sobrepelliz mueven delante del Altísimo las urnas, que con sus hachas y velas encendidas despiden fuego. Elévanse entonces los piadosos cánticos á lo largo de las santas filas: el sonido de las campanas y el estruendo de los cañones anuncian á las naciones de la tierra, que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos callan por intervalos, y este silencio, tan magestuoso como el de los grandes mares en un dia de calma, reina en esta multitud sagrada, sin oirse otra cosa mas que sus graves y mesurados pasos que resuenan sobre el suelo de las calles.

«Mas, ¿á dónde va ese Dios formidable, cuya magestad así proclaman las potestades de la tierra? A reposar bajo las tiendas y arcos de follages que le presentan, como en

el dia de la antigua alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazon, los pobres, los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados le siguen. Así camina entre la simplicidad y la grandeza, y se muestra á los hombres como aquel hermoso mes que ha escogido para su fiesta, entre la estacion de las flores y la del terror de los rayos.

«Las ventanas y los muros de la ciudad están coronados de habitantes, cuyos corazones se dilatan en esta fiesta del Dios de la pátria; el recién nacido estiende sus brazos al Jesus de la montaña, y el viejo inclinado hácia el sepulcro, se siente repentinamente libre de sus temores; una esperanza secreta de vida le colma de una alegría inmensa á la vista del Dios vivo.

«Todas estas solemnidades del cristianismo están coordinadas de un modo admirable con las grandes escenas de la naturaleza. La fiesta del Criador viene en el momento mismo en que la tierra y el cielo declaran todo su poder; en que los bosques y los campos hierven en generaciones nuevas; todo está unido con los vínculos mas dulces; no hay una sola planta viuda en las campiñas; así como, por el contrario, la desnudez de las plantas anuncia la fiesta de los difuntos al hombre, que cae como las hojas de los árboles.

«En la primavera emplea la Iglesia en nuestras aldeas una pompa muy agradable. La fiesta del Señor

conviene mas al esplendor de las córtés, así como las rogativas se avienen mejor con la sencillez de los lugares.»

Representémonos á David con los sacrificadores, las levitas y todo el pueblo conduciendo en triunfo el arca del Señor á la casa de Obed Edom, y de allí con la misma pompa á la santa montaña de Sion, para reposar en el tabernáculo que David le habia construido. Cuando entre una nube de incienso y una atmósfera de luz, al armonioso concierto de cánticos y músicas acatamos al Dios de la magestad en el dia grande del Señor, nuestras almas deben sentirse dulcemente oprimidas con el peso de todos los misterios juntos que abraza la Religion. Al recuerdo de todas las figuras que representaban en los tiempos antiguos al Divino reparador del hombre, se une la memoria del inmenso amor de Jesucristo, y de todas las gracias de la redencion.

La humanidad de Jesucristo es la misma que nació prodigiosamente de unas entrañas virginales en la plenitud de los tiempos; la misma que estuvo pendiente de la cruz; la misma que sobre el monte santo desapareció de la vista de los hombres atónitos para sentarse á la diestra del Omnipotente, y volver en el último de los dias llena de gloria á juzgar las generaciones.

En el círculo radiante de la Sagrada hostia se oculta tambien la

Divinidad, aquella Divinidad, cuya velada presencia se hace sentir en nuestro corazon por un movimiento involuntario de ternura, de amor, de respeto, de suasion; por aquel delicioso sentimiento de placer, con que contemplamos que todo un inmenso pueblo se postra silencioso á los pies del Señor, que se le rinden todas las insignias de guerra y de poder, que le acatan todas las potestades de la tierra, y que en una misma hora millares de coros de sus criaturas unen sus himnos y cánticos con los coros invisibles de los ángeles, para engrandecer *la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor y la gloria de que es digno el Cordero de Dios inmolado por la salud de los hombres.*

Si este público y solemne triunfo del Señor es para un corazon generoso y sensible el mas sublime y tierno espectáculo que puede presentar en la tierra la embelesante majestad de la Religion, ¿qué ha de ser á los ojos de la fé cristiana? Si el corazon del filósofo y la fantasía del poeta se sienten fuertemente conmovidos con el suntuoso aparato de la religiosa y sagrada comitiva que acompaña la carrera triunfante del Salvador, á quien anuncia el estrépito del cañon, el sonido de las campanas y el clamoreo de un pueblo inmenso embriagado de placer; si el alma se derrite de admiracion y de amor al contemplar la grandeza de ese Dios formidable, que desarmado, por decirlo así, de los rayos de su justicia se deja con-

ducir por los hombres, se para á los umbrales de sus puertas, descansa sobre aras que estos le preparan, y saliendo de las suntuosas bóvedas de sus basílicas, se introduce hasta la humilde capilla de la aldea en medio de corazones tan sencillos como los flores de que le rodean; ah! si tanto tiene que asombrarse el espectador indiferente con solo contemplar este acto de religioso júbilo, ¿qué sentirá el alma fiel, santamente iniciada en los misterios augustos y consoladores que mira compendiados en el glorioso Sacramento del altar? ¿Qué sentirá un corazón ardiendo de amor divino, al ver la tierra ocupada en engrandecer á su Criador, imitando en este día los coros inmortales que se ocupan sin cesar en darle gloria prostrados ante su excelso trono?

¿Osará todavía la voz de la filosofía atea interrumpir con acentos sacrílegos la armonía de este himno universal? Desgraciado! si en estos días augustos en que la Religión, presentándose con todos los atractivos exteriores, se hace sentir á los pechos mas helados, tiene todavía su corazón cerrado á las divinas influencias! Podrá buscar en su interior una voz que le consuele, un impulso que le mueva, un resorte cualquiera que le ponga al nivel del contento y de la felicidad que anima á la multitud religiosa. Complázcase con árido y descarnado raciocinio en pensar de otro modo, sin mas testigos que su orgullo y su insensibilidad. Solo, aislado en

medio de un pueblo que aclama al Señor de los ejércitos, contemplará desde un ángulo retirado los gritos de la muchedumbre, que se esforzará en compadecer. Pero una voz que no puede sofocar, una voz que roe sus duras entrañas, y que se hace mas terrible á medida que se acerca el arca del Dios vivo, le dice: Infeliz de tí! ¿Te hallas seguro y tranquilo en las dudas que destrozan tu corazón, en tus impías negaciones? ¡Felices una y mil veces y bienaventurados los que creen!!



---

## MES DE MARIA.

---

El domingo, 31 de Mayo, terminó en nuestra Iglesia Colegial la serie de ejercicios religiosos que, en obsequio de la Virgen Santísima y con el nombre de *Mes de Maria*, se han celebrado. En todos los días del mes se han publicado y ensalzado las glorias y virtudes de María por sacerdotes que á porfía se han disputado el grato honor de tributarle este piadoso y cordial homenaje. No hay hecho notable, virtud heroica, acto alguno importante de la vida de la divina Señora que no haya sido digna y debidamente preconizado. De modo que con las flores místicas del amenísimo jardín de virtudes de la excelsa Madre, se la ha dispuesto y ofrecido un tan magnífico y variado ramillete, cuyo suave aroma, mientras embalsamaba agradablemente nuestros corazones, se elevaba como espiral de humo de fragante incienso hasta

besar el escabel del trono de la Reina inmaculada.

Así subían al cielo las oraciones de los fieles que en apiñada multitud llenaban las bóvedas de nuestra suntuosa basílica en el día mencionado, dando á la Virgen divina la despedida mas tierna y amorosa que pueda darse á la Madre del *Divino amor*, al compás de los nutridos y armoniosos cánticos de alabanza, en medio del resplandor deslumbrante de multiplicadas luces que derramaban sus brillantes rayos por todo el templo, y llevando en devota procesion la imágen de la divina Virgen por sobre una alfombra de abundantes y olorosas flores que, cual lluvia copiosa, caían desde lo alto de la soberbia cúpula. Repartiéronse tambien composiciones poéticas alusivas al religioso acto, las cuales insertamos á continuacion; terminando de este modo el florido y memorable mes consagrado por la piedad de los fieles en honor de MARIA.

## MARÍA... ¡ADIOS!

Venimos hoy, María,  
al pié de tus altares,  
con plácidos cantares  
para decirte adios;  
que el rojo sol envía  
sus rayos á las flores,  
y aromas y colores  
su fuego lleva en pos.

Las flores de los campos  
se agostan en un día,  
mas nunca, Madre mia,  
las que el amor te dá;  
que son perlas del alma  
que viven con tu aliento,  
y allá en el pensamiento  
su aroma vivo está.

Si flores ya no hallamos  
para tejer guirnaldas  
de rosas y esmeraldas  
que queden á tus pies;  
te damos, Virgen pura,  
de amantes corazones  
las tiernas emociones,  
y en ellas tu amor vés.

Acógelas, María,  
de arcángeles señora,  
del mundo eterna aurora,  
divino manantial,  
do vá el alma que sufre  
para beber consuelo,  
buscando desde el suelo  
tu amparo celestial!

Amparo te pedimos  
para esta pobre España:  
cese el furor y saña,  
no mas guerra civil.  
Y al Padre de los fieles,  
que sufre por tu gloria,  
haz tu bondad notoria,  
concédele años mil.

Adios, Virgen amada,  
adios, Madre querida;  
danos por despedida  
tu dulce bendicion.  
De tí nos despedimos,  
mas no nos separamos,  
que un templo te guardamos  
en nuestro corazon.

F. de Z.

## Á LA VIRGEN MARÍA.

DESPEDIDA.

El postrer suspiro lanza  
Mayo hermoso;  
Con él vá nuestra esperanza;  
¡Adios, de dicha y bonanza  
Dulce tiempo deleitoso!

Adios, de aromas y flores  
Bello mes,  
Con tus cantos seductores,  
En que la Madre de amores  
Mirábanos á sus pies.

¡Y cuánto, cuánto se apena  
Pobre el alma  
Al verte partir! Serena  
No puede estar, la enajena  
El pesar, y huye su calma.

¡Oh dulce Virgen María  
Madre tierna!  
Para adorarte á porfía,  
La duracion de este día  
Quién pudiera hacer eterna!

Y prodigarte armoniosos  
Los cantares,  
Que á los pechos amorosos  
Hicieron latir ansiosos  
Delante de tus altares.

Y de azucenas y rosas  
Del eden,  
Entretejer olorosas  
Guirnaldas, las mas hermosas  
Que orlasen tu pura sien.

¡Adios Mayo! Tu te vas,  
Mes dichoso:  
Pero pronto tornarás  
Con mas belleza quizás,  
Mas florido y aromoso.

Adios Iris de ventura,  
Raquel bella,  
De Jericó rosa pura,  
Nítida brillante estrella  
Que nos guia en noche oscura.

Madre del Amor Hermoso,  
Madre nuestra,  
Al corazon que anheloso  
Te adora respetuoso,  
Tu dulce proteccion muestra.

Haz que la española tierra  
Triste y pobre,  
Libre al fin de cruda guerra  
Que invade el llano y la sierra,  
La plácida paz recobre.

Que los míseros humanos  
Todos se amen,  
Hijos tuyos, como hermanos;  
Y tu Santo Nombre ufanos  
Con celo ardiente proclamen.

Acoge bajo tu manto  
Los que ves  
Implorarte en su quebranto,  
Y entre flores, luz y canto  
Postrados hoy á tus pies.

¡Oh manantial de consuelo!  
Tierno adios  
Vienen á darte en su anhelo,  
Divina Reina del cielo,  
Excelsa Madre de Dios.

M. S. LI.

---

## FUNCIONES DEL CORPUS

EN ESTA CIUDAD.

Se han celebrado estas funciones de una manera brillante y suntuosa, como pocas veces se habrá visto. Para este objeto habia el Ayuntamiento invitado anticipadamente al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, quien hizo su entrada en esta ciudad el día 2 por la tarde, acompañado de la comision que fué por él á Orihuela, de multitud de coches y un gran número de personas de todas las gerarquias sociales que salieron á recibirle, y entre el apiñado pueblo que salia á su encuentro en las calles por donde pasaba. Esta fué la primera demostracion del sentimiento religioso de este pueblo,

expresado por su simpatía y amor hácia el príncipe de la Iglesia que es el jefe de ella en esta diócesis.

El día del Corpus celebró el Sr. Obispo de pontifical en nuestra Iglesia Colegiata, cuya función á toda orquesta fué magnífica en extremo, contribuyendo á su realce la presencia del Excmo. Ayuntamiento, el inmenso concurso que cuajaba el gran templo y la fácil y elegante palabra del orador D. Florentino Zarambona, canónigo de la misma Iglesia, que hizo filosófica y religiosamente la apoteosis del gran Misterio en cuyo honor se consagran estos cultos.

Por la tarde se verificó la solemne procesion en que el Sr. Obispo llevaba el Santísimo Sacramento. Grande fué la concurrencia á ella. Puede decirse que la formaba todo el pueblo, pues que en ella vimos las principales personas de todas las clases y corporaciones; la milicia, la marina, la administracion, la provincia, el municipio, la instruccion, la beneficencia, las clases obreras y menestrales, todos, todos llevaron su mas escogido contingente y representacion á la solemnidad de este elevado acto religioso, verdadera manifestacion del sentimiento religioso del pueblo.

La procesion llevó su marcha por la carrera de costumbre, entre un número indescriptible de espectadores que reverentemente presenciaban el acto, por bajo de una lluvia continuada de flores que tapizaban el suelo, al estampido del cañon que estremecía los aires, y al sonido armonioso de las campanas y de los cánticos religiosos que elevaban el corazón al cielo. Hizo dos pequeños descansos en un templete de mirto y flores levantado en

la calle Mayor, y en un altar en la plaza de San Cristóbal, ambos monumentos sencillos, pero de buen gusto y expresivos del sentimiento piadoso que los inspiró y dedicó.

La entrada en el templo fué sin disputa sorprendente. Millares de luces colocadas en agradable combinacion por sus cornisas y tribunas desde lo mas alto de su soberbia cúpula, convirtieron la ostentosa basilica en un cielo tachonado de soles, en medio de cuyos inmensos resplandores y de los cánticos sagrados se dió la bendicion, terminando esta grandiosa y memorable solemnidad.

No queremos ni debemos dejar de mencionar aqui, para que tenga la memoria merecida, el delicado y espléndido ambigü con que el Ayuntamiento obsequió á nuestro Rdo. Prelado, despues de la función, en la casa consistorial. A él acudieron todas las autoridades y representantes de las corporaciones y clases, á quienes previamente invitó el señor Alcalde con la galantería que le es propia, dando así una prueba mas del aprecio que justamente se merece la alta dignidad y las prendas de la persona obsequiada.

¡A cuántas consideraciones abren ancho campo los actos referidos! No tenemos tiempo ni espacio para entregarnos á ellas ni para dar salida á cuanto siente el corazón. Pero bástenos decir, que este se halla henchido de santa complacencia al observar que el sentimiento católico no se ha agotado en nuestro pueblo, y que solo necesita excitarse y avivarse para que dé á conocer su vigor y lozania. Gran consuelo es poder decir, *¡aun queda fé en Israel!* Este es el verdadero pue-

blo español. Aprendan de aquí los llamados á dirigirle.

## LAS PROFECIAS MODERNAS.

Carta del obispo de Orleans  
AL CLERO DE SU DIOCESIS.

(CONTINUACION.)

Hé aquí, señores, con qué fuerza respondía Fenelon á las incredulidades sin exámen. Debe notarse, sin embargo, que hablaba de las revelaciones de una santa, acerca de las cuales la Iglesia habia ya decidido, y que proclamaba resueltamente las maravillas que Dios verifica en sus santos, no pretendiendo autorizar con ello á los que ligeramente «suponen lo que no existe» y toman por inspiraciones de verdadera fé «una vana credulidad en quiméricas visiones.»

El segundo de ambos excesos es lo que conviene evitar ahora. En efecto, señores, no todo lo que se pretende que sea sobrenatural lo es. Del mismo modo que hay verdaderas profecias y verdaderos prodigios, los hay falsos, y conviene que la fe no se tienda un lazo á sí misma. Por ello en las Santas Escrituras se nos dan repetidas y solemnes advertencias contra las ilusiones y las seducciones tan fáciles en esta materia. Permitidme, señores, que ponga á vuestra vista algunos de los textos divinos.

Hubo tiempo en que florecia el espíritu profético. Jeremias denunciaba á los falsos profetas que, sin mision alguna, anunciaban de parte de Dios engañosas

prosperidades, no siendo ellos enviados de Dios, y que decian: ¡La paz, la paz! cuando no habia paz: *Dicentes pax, pax; et non erat pax.* Isais, por su parte, señalaba las presas secretas y profundas que encuentra el espíritu de mentira en esa tendencia del alma humana, y sobre todo del alma popular, á alimentarse de las ilusiones que la halagan: *Loquimini nobis placentia;* decidnos cosas que nos agraden y ved, para nosotros, hasta errores y quimeras; *Videte nobis errores.*

Encuétrase, pues, señores, con admirable correspondencia en los diversos y secretos instintos de nuestra naturaleza lo que San Juan llamaba espíritu de la verdad y espíritu del error: *Spiritum veritatis et spiritum erroris.* Nuestro Señor nos lo advirtió: «Aparecerán falsos profetas, *surgent pseudo prophetae,* y harán signos y prodigios para inducir á error, si posible fuera, hasta á los elegidos: *et dabunt signa et prodigia, ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi.*» Pero añadía Nuestro Señor: «Aunque os halaguen para engañaros y os digan: Cristo está allí; en ese desierto, en ese campo, en esa casa; no les creais: *Nolite credere.*»

Porque la buena fé se encuentra en estos casos expuesta, no sólo á las ilusiones, sino á los engaños y á los artificios; el mismo apóstol que habia dicho: *Prophetias nolite spernere,* añadía: *Omnia autem probate;* probadlo todo: *Quod bonum est tenete;* pero aceptad sólo lo que es bueno; y San Juan, dentro del mismo espíritu, fijaba esta gran regla de prudencia cristiana: «*Nolite credere omni spiritui; sed probate spiritus, si ex Deo sint.* No deis fé á todos los espíritus;

probadlos y averiguad si los espíritus son de Dios.

Este es, señores, en el orden de las cosas sobrenaturales, el sentido comun. Ante todo, para prestrar fé á una profecía ó á un milagro, es preciso que la profecía sea real y auténtica y el milagro esté comprobado. No siendo así, caminais á la ventura, guiados por una ilusion y un error. *Probate spiritus, si ex-Deo sint.* Porque si no es de Dios ¿de quién es? Por ser en la apariencia piadosas las quimeras, no dejan de ser quimeras; y la religion sufre con ellas, sobre todo en tiempos como el nuestro, de exceso de credulidad, que produce reacciones, á su vez excesivas, de incredulidad y de escepticismo.

Así pues, en punto á cosas sobrenaturales, rechazarlo todo en principio sería insensato é impío, y admitirlo todo, supersticioso y temerario.

Hay personas débiles ó mal instruidas que toman por signo de celo ó de piedad esta tendencia á una fé temeraria. Pues bien, señores, un gran santo, que seguramente no era hombre de escasa fé, pero que sabia cuán fáciles, frecuentes y peligrosas son aquí las ilusiones, San Francisco de Sales, dice: «¡Cuántas cosas extraordinarias son dignas de ponerse en duda!» Y cita en sus cartas un ejemplo admirable, á propósito de una religiosa de la Visitacion que pretendia tener revelaciones: sin poner en duda la buena fé de la monja, pero considerando que lo que hacia no era serio ni digno de Dios, el sabio obispo escribia terminantemente á la superiora: «En cuanto á sus visiones, revelaciones y predicciones, me son infinitamente sospechosas, como in-

útiles, vanas é indignas de consideracion; por una parte son tan frecuentes, que su frecuencia y abundancia las hace dignas de duda; y por otra, versan sobre cosas que Dios declara muy raramente y que de nada sirven.»

Respondian algunas personas á estas legítimas sospechas que no se ve siempre enseguida, sino mas tarde, la razon de estas revelaciones, que al principio parecen tan injustificadas. A ellas replicaba el Santo: «Decir que en lo porvenir se conocerá el motivo de esas revelaciones, es pretexto del que las hace para evitar la censura de inutilidad de tales cosas; y termina añadiendo que, sin maltratar á la pobre religiosa, «convenia atestiguarle completo desprecio á sus revelaciones y visiones, como si refiriera ensueños producidos por la fiebre, sin entretenerse en refutarlas ó combatir las, sino que, al contrario, cuando quisiera hablar de ellas, convenia mudar de conversacion, es decir, cambiar de asunto, hablarle de las sólidas virtudes y perfecciones de la vida religiosa, y particularmente de la sencillez de la fé, con la cual los santos han vivido, sin visiones ni revelaciones particulares, contentándose con creer fervorosamente en la revelacion de las Santas Escrituras y en la doctrina apostólica y eclesiástica.»

Y añadia S. Francisco de Sales: «Respecto al buen padre que parece aprobar estas revelaciones, es preciso no rechazarle ni disputar con él, sino solo atestiguarle que conviene despreciar y no hacer caso de todo ese tráfico de revelaciones.» «En suma, es preciso despreciar en absoluto todas esas revelaciones.»

Se ve, pues, señores, la admirable ca-

## CULTOS RELIGIOSOS.

ridad y dulzura y el notabilísimo buen sentido del Santo; quiere que se aplique el juicio de la razón aún á las cosas que tienen apariencia sobrenatural, y que no se pase adelante, cuando se encuentra lo absurdo.

Y en efecto, señores, nada tan fácil como encontrar, en este orden de cosas, lo falso y lo absurdo, enseñándolo así unánimemente los más célebres teólogos. No citaré más que dos; pero de grande autoridad; Gerson y Benedicto XIV. El primero, al cual muchos han creído y creen que debemos ese libro, calificado por Fontenelle, de *el más bello que ha salido de manos de hombre, puesto que el Evangelio no procede de ellas; La Imitación*. Gerson ha escrito expresamente un tratado sobre las verdaderas y falsas revelaciones y sobre el modo de distinguir las: *De Distinctione verarum revelationum á falsis*; y ciertamente no hay asunto más delicado y espinoso. ¿Sabeis una de las señales en que Gerson y Benedicto XIV, que le cita, reconocen las falsas revelaciones? En que sean revelaciones de cosas inútiles y curiosas ó que en ellas se encuentren cosas que, sin exceder la potencia divina, no sean, sin embargo, conformes á la sabiduría de Dios y á sus demás atributos. Así resume Benedicto XIV la doctrina de Gerson apropiándosela; y ved como el mismo Gerson se expresaba: «Tales cosas deben rechazarse inmediatamente como sueños indignos de una revelación divina; y, en efecto, en las obras de Dios no resplandece sólo el poder, sino también la bondad, y esa sabiduría que en todas ellas se advierte. «Todo lo habeis hecho, dice el salmo, dentro de la sabiduría.»

(Se continuará.)

Domingo.—En la Colegial á las nueve misa mayor y oficio de infraoctava.—En Santa María función del *Corpus*. A las nueve y media misa solemne en que predicará D. Juan Chaumel. El Santísimo Sacramento estará manifiesto todo el día. Por la tarde á las seis procesion general.—En las Capuchinas manifiesto toda la octava por mañana y tarde á la hora de misa y maitines.

Lunes.—En la Colegial predica don José Juliá.

Martes.—En la Colegial predica don Andrés Oliver.—En las Agustinas á las siete y media misa de renovación y por la tarde á las cinco trisagio.

Miércoles.—En la Colegial predica don José Carratalá.

Jueves.—En la Colegial predica don Florentino Zarandona. Por la tarde, á las cinco, procesion claustral de la octava con motetes.—En Santa María la misma procesion en igual forma á las cinco y media.—En las Capuchinas misa, á las nueve, con sermón que predicará D. Francisco J. Guimbeau.

Viernes.—En las Capuchinas principia el solemne triduo en honor del Sagrado Corazon de Jesús. Todos los días á las ocho de la mañana se pondrá de manifiesto á S. D. M., reservándose despues de los ejercicios espirituales de la tarde, y en todos ellos habrá misa con orquesta á las nueve y media de la mañana, y á las once y doce misa rezada. Por la tarde á las cinco se rezará la estacion del Santísimo, y á continuación un punto de meditacion, sermón, visitas con los demás ejercicios de costumbre, letanía, créditos y motetes al Sagrado Corazon, dándose en el último día la bendición con el Santísimo Sacramento. Serán oradores; día 12, D. José Baeza y Blanch, beneficiado de esta Insigne Colegial; día 13, Dr. D. Florentino de Zarandona, canónigo de la misma; día 14, D. José Fenoll, cura párroco de Muchamiel. El día 12, que es el del *Sagrado Corazon de Jesús*, habrá comunión general á las siete de la mañana, y á las nueve y media misa con sermón á cargo del Licenciado D. FRANCISCO PENALVA, abad de la Colegial.